

Hacia una solución cosmopolita a la mediterraneidad de Bolivia

Hugo Fazio Vengoa

El problema de la mediterraneidad de Bolivia plantea de modo urgente repensar el papel de la política en América Latina. La intensificación de la globalización está promoviendo una superación de viejos guiones nacionalistas y una valoración más ecuánime de los valores universalistas. La eventual salida al mar boliviana dejó de ser un problema nacional o a lo sumo bilateral. Involucra a toda la región en la medida en que produce una serie de resonancias que ningún país puede aislar, de ahí que sea menester el avance hacia la definición de unas políticas exteriores de corte cosmopolita.

Hace poco Antonio Elorza recordaba una hermosa metáfora de Hegel: sólo al atardecer emprende su vuelo el búho de Minerva. Con esta alegoría el filósofo alemán expresaba la idea de que únicamente cuando un proceso histórico llega a su fin resulta posible abordar la comprensión de su significado¹. No es fácil encontrar mejores palabras para dar cuenta de la

compleja coyuntura histórica por la que atraviesa el mundo en los inicios del nuevo milenio. Las anteriores certezas que daban seguridad y servían de faro para iluminar a los analistas, a los tomadores de decisiones y a la opinión pública, han ido quedando atrás, mientras que las nuevas no son todavía lo suficientemente diáfanas como para modelar un nuevo esquema de inteli-

Hugo Fazio Vengoa: historiador, magíster en Historia y doctor en Ciencia Política de la Universidad Católica de Lovaina; profesor titular del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia - Iepri, y de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes, Bogotá.

Palabras clave: relaciones internacionales, reclamos territoriales, globalización, Chile, Bolivia, América Latina.

1. «Al otro lado del imperio» en *El País*, 14/5/03.

gibilidad del mundo. Si a esto se le suma la amplia gama de eventos de naturaleza muy dispar, que periódicamente sacuden la vida internacional, se obtiene un cuadro bastante completo: el mundo se encuentra en un periodo de transición, del cual sabemos aproximadamente de dónde venimos pero no hacia dónde vamos. Por lo tanto, una de las principales dificultades cuando se quiere crear un mapa de inteligibilidad de la vida política regional, radica en que hoy el mundo se desenvuelve en medio de una coyuntura histórica donde se mezclan indistintamente viejas y nuevas prácticas de acción, todas las cuales a su manera están interviniendo en la determinación de la vida.

Este telón de fondo plagado de incontables singularidades plantea de modo aún más urgente la necesidad de responder de manera imaginativa a los focos de tensión internacional, y debe servir para contextualizar de manera sugerente la cambiante naturaleza del problema de la mediterraneidad de Bolivia. En tal sentido, los viejos focos de tensión que se presentan en distintas latitudes, incluida América Latina, no pueden ni deben analizarse al margen del contradictorio mundo descrito; la solución de estos problemas debe articularse en torno de un escenario internacional deseado en proceso de construcción. Por ello, más que presentar un diagnóstico sobre la eventual o necesaria «comunitarización» del problema de la mediterraneidad boliviana, procuraré señalar indicios de cómo,

desde nuestra región y nuestros problemas, podemos contribuir a la construcción de un mundo que edifique adecuados mecanismos de resolución de conflictos. La compleja coyuntura actual no consiste en unos procesos ya decantados convertidos en camisas de fuerza y que imponen rígidos guiones; al contrario, es un escenario donde el futuro está en proceso de construcción y definición. Por ello son mayores los intersticios a través de los cuales puede incidirse de la política regional y mundial.

El pasado que no muere

El diferendo entre Chile y Bolivia constituye un adecuado ejemplo de este complejo mundo en transición. Conviven elementos de vieja data con otros nuevos, razón por la cual urge encontrar una salida de manera novedosa y ajustada a los imperativos que plantea el mundo en los inicios del siglo XXI. Un rápido vistazo a la evolución de los acontecimientos muestra la subsistencia de numerosos factores tradicionales que han contribuido a recrudecer la tensión entre los dos países. Entre los primeros encontramos lo que sin duda no es un simple accidente de la providencia; a un siglo exacto del tratado de paz y amistad que estableció los límites entre Chile y Bolivia, ha vuelto a agitarse el tema de la mediterraneidad boliviana. A primera vista, podría suponerse que ello es producto de veleidades nacionalistas que siempre despierta este tipo de conmemoracio-

nes². En ello sin duda hay algo de verdad, más aun cuando el pueblo boliviano siempre ha mantenido latente su negativa a aceptar los términos de ese tratado. Cuando se privilegia esta línea argumentativa como explicación del problema, se opta por una visión que enfatiza en los factores coyunturales, de lo cual se desprende que la solución es competencia exclusiva de las dos partes implicadas, y se infiere que cuando se calme la marea la demanda marítima el problema quedará nuevamente confinada en el museo de la historia.

A conclusiones análogas llevan aquellas visiones que observan el tema de la mediterraneidad como un recurso político por parte de determinados actores sociales y políticos bolivianos y también chilenos. En efecto, el amplio movimiento social que depuso al presidente Gonzalo Sánchez de Losada en octubre de 2003, tuvo entre sus principales consignas la férrea oposición a la venta de gas a Estados Unidos a través de un puerto chileno. La animadversión contra Chile, aunada al hecho de que solo una ínfima fracción de las utilidades por concepto de la venta quedaba en manos del Estado boliviano, fueron detonantes de un amplio movimiento social. En este sentido, los reclamos a Chile pueden interpretarse como un pretexto que contribuyó a agitar las aguas del nacionalismo.

Puede decirse lo mismo de la promesa que hizo el historiador y periodista Carlos Mesa en octubre pasado al asumir la presidencia de Bolivia, cuando sostuvo que su tarea principal sería recuperar la unidad nacional de un país que estaba más dividido que nunca. En ello, señaló, «nos estamos jugando el destino y el futuro de Bolivia». El énfasis del nuevo mandatario en continuar con esta demanda y llevar la petición boliviana a grandes foros internacionales –la Cumbre de las Américas recientemente realizada en Monterrey; el Foro de Cooperación entre América Latina y Asia del Este, etc.–, constituye un procedimiento con efectos inmediatos porque representa un tema que despierta sensibilidades y logra aglutinar sin distinciones las voluntades de todos los bolivianos, legitimar el mandato del recién estrenado presidente y posponer la amenaza del poderoso movimiento social que se mantiene a la expectativa.

Si se opta por privilegiar esta explicación, la demanda marítima solo tiene sentido por ser un subterfugio para resolver un problema político interno, y el simple inicio de una negociación bilateral sería suficiente para apaciguar los ánimos. La inflexible respuesta del gobierno chileno al reclamo boliviano y al intento de multilateralizar la solución de la crisis, se inscribe dentro de la misma lógica. Valga recordar que el presidente Ricardo Lagos ha logrado aglutinar a todas las corrientes de opinión. Su decidida defensa de la

2. V. Rodolfo Becerra de la Roca: *El tratado de 1904. La gran estafa*, Los Amigos del Libro, La Paz, 2002.

condición soberana de Chile se ha convertido en una útil bandera política en la perspectiva de la competencia presidencial que se avecina, dado que la candidata con mayores opciones por parte del conglomerado político gobernante, la Concertación de Partidos por la Democracia, es la actual canciller, Soledad Alvear, a quien obviamente le ha correspondido demostrar sus dotes de defensora de la soberanía nacional.

Los elementos antes señalados contienen sin duda una importante dosis de verdad. Ninguno se debe ignorar. Pero privilegiar cualquiera de ellos implica caer en grandes errores. De una parte, tienen el defecto de seguir interpretando el problema como si fuera una demanda que solo compete a los dos gobiernos; de la otra, ponen un acento tan grande en los condicionantes internos que olvidan que nos encontramos en un mundo en el cual esas viejas fronteras –interno versus externo, nacional como opuesto a internacional– han perdido gran parte de su sentido. Hasta los conflictos más endógenos, como el colombiano, han comenzado a producir réplicas macrorregionales y, en ocasiones, incluso mundiales. Además, esas sesgadas visiones entrañan otra dificultad: cuando se insiste en estos factores como los grandes elementos explicativos de la tensión que se presenta entre ambos países, ello torna prácticamente imposible allanar un camino de solución a la demanda, porque el uso político del problema lleva a la contraparte a insistir en afincarse

en posiciones estrictas. Por último, un mundo como el que nos ha tocado vivir no permite soluciones simples o falsos entrapamientos.

Por una coherente política exterior cosmopolita

Cuando se opta por enfatizar como eje explicativo el entrecruzamiento de las tendencias globalizantes con las relaciones internacionales, se recurre a un procedimiento que no solo sirve para emprender un diagnóstico distinto, sino que permite, además, identificar los elementos hacia una superación del problema. Visto desde este ángulo, todo intento de pensar en una solución al tema de la mediterraneidad boliviana requiere tener en cuenta dos tipos de contradicciones. Hace algunos meses, Jorge Castañeda destacaba una aguda tensión que atraviesa la política exterior de la mayoría de los países latinoamericanos. De una parte, América Latina posee intereses objetivos que coinciden con la construcción de una nueva normatividad internacional rigurosa, amplia y precisa. Pocas regiones del mundo ganarían tanto con la creación de un régimen de valores universales y supranacionales. Pero, de la otra, «pocas zonas del mundo manifiestan tanto apego y respeto por una serie de tradiciones y principios hoy en día contrapuestos al proyecto universalista anteriormente mencionado. La no intervención, la defensa irrestricta de la soberanía, un enfático nacionalismo retórico e ideológico, la reti-

encia a asumir responsabilidades 'injerencistas' son constantes en las posturas de la inmensa mayoría de los gobiernos latinoamericanos»³.

Esta contradicción se ha puesto de manifiesto claramente con la actitud asumida por el gobierno chileno ante la demanda boliviana, para no hablar del gobierno de Mesa, cuya política exterior es estrictamente nacionalista. La cancillería chilena tuvo que emprender verdaderos actos de prestidigitación para convencer a los demás gobiernos de la región de que el tratamiento del problema debe ser un asunto exclusivamente bilateral. Este malabarismo se contradice con la posición que el mismo gobierno ha asumido frente a otros conflictos, incluido el de Irak, que introdujo elementos de tirantez en las relaciones entre La Moneda y la Casa Blanca, defendiendo en esa ocasión una posición multilateralista y de mayor compromiso de instituciones como la ONU o la OEA, «precisamente el tipo de organismo donde Bolivia quiere que se discuta su mediterraneidad». A ello se suma que Lagos

es parte del exclusivo foro de dirigentes de la Tercera Vía, tendencia política de izquierda progresista que promueve el fortalecimiento de todos los organismos mundiales como el Tribunal Penal Internacional para la solución de controversias. Esta tendencia sostiene que el derecho internacional evoluciona, lo que también contradice uno de los conceptos básicos y tradicionales de la diplomacia chilena, que afirma que los tratados entre los países son intangibles, y por lo tanto, no cambian por el simple paso del tiempo o circunstancias ambientales, sino por negociaciones serias y responsables.⁴

Por último, el enfático rechazo a toda propuesta que desborde el marco bilateral se contradice en los hechos, porque el tratado de 1929 suscrito con Perú involucra a este último. De esa contradicción puede extraerse una lección: los gobiernos de la región deben comprender que en condiciones de intensa globalización, la correlación o resonancia de distintos factores es la que le imprime una direccionalidad y un sentido a los acontecimientos y a la política mundial. La única forma de responder a este tipo de circunstancias, las cuales, como lo demuestran los sucesos de Irak, se tornan aleatorias y completamente inmanejables; consiste no en frenar sino en profundizar la misma globalización.

La globalización plantea nuevos imperativos

A esta tensión se agrega otra contradicción no menos importante. Es indudable que nos ha correspondido vivir en un mundo en el que la globalización se intensifica. En tanto fenómeno dinámico, ella ha transitado por una serie de periodos y ciclos. En el presente más inmediato estamos en medio de un ciclo que podríamos caracterizar como de «colisión de globalizaciones»⁵.

3. Jorge Castañeda: «América Latina ante una disyuntiva desgarradora» en *El País*, 13/3/03.

4. *El Mercurio*, 6/1/04.

5. V. una explicación detallada de estos periodos y ciclos en H.F. Vengoa: *La globalización en su historia*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2003; y H.F. Vengoa: *Escenarios globales. El lugar de América Latina*, Iepri / Ediciones Uniandes, Bogotá, 2003.

Lo llamamos de este modo porque las tendencias que venían desplegándose desde los ciclos anteriores se proyectan todavía durante esta fase, pero con algunas diferencias. La primera consiste en que se ha atomizado el movimiento envolvente en el que antes se ubicaba la globalización, circunstancia que ha obedecido a que, además del desvanecimiento de los referentes universalistas, se han intensificado sus manifestaciones no económicas, las cuales no solo están asumiendo expresiones distintas, sino que también reproducen alcances diferenciados y entran a renegociar con lo económico el sentido último de la globalización. Mientras en los dos ciclos anteriores la economía efectuaba la convergencia entre el sentido, la direccionalidad y el poder, en las actuales circunstancias, los factores económicos perdieron esa capacidad aglutinadora, lo que explica que tanto éstas así como las otras manifestaciones globalizantes transiten por disímiles y laberínticas galerías.

Durante este ciclo no solo se han desvanecido los referentes que antes convocaban, sino que también se ha acentuado la tendencia de numerosos actores a revertir muchas de las preferencias y disposiciones anteriores, lo cual se ha traducido en una mayor competencia por la direccionalidad anhelada de la globalización. En el fondo, la gran diferencia con los ciclos previos consiste en que si antes la globalización venía realizándose dentro de los marcos de una impetuosa desterritorialización,

en este nuevo ciclo, los distintos agentes procuran reterritorializar tanto sus acciones como su poder, lo cual explica la desvalorización que experimenta el neoliberalismo y el mayor protagonismo que adquiere el Estado.

Esta nueva realidad a que nos enfrenta la globalización permite recontextualizar las situaciones de tensión que se viven en la vida internacional, y contribuye a la construcción de enfoques diferentes para la mediterraneidad boliviana. El primero consiste en que la globalización, mientras en todo el mundo incrementa el avance hacia prácticas compartidas, lo que entraña la emergencia de elementos de homogenización, también impulsa la afirmación de las identidades, sean locales, étnicas o nacionales. Recientemente Castells señalaba que la mayor culturización de la vida en las sociedades modernas demuestra que mientras más abstracto se vuelve el poder de los flujos globales de capital, tecnología e información, «más concretamente se afirma la experiencia compartida en el territorio, en la historia, en la lengua, en la religión y, también, en la etnia. El poder de la identidad no desaparece en la era de la información, sino que se refuerza»⁶.

Pero este reforzamiento de las identidades en un contexto de intensa globalización no puede producir un ais-

6. Manuel Castells: «El poder de la identidad» en *El País*, 18/2/03.

lamiento frente a la compenetración derivada de la misma globalización. Tiene lugar un escenario nuevo. La globalización fuerza a una situación en la que ya no se vive «en un mundo de comunidades nacionales discretas que tienen el poder y la capacidad exclusiva para determinar el destino de quienes en ellas habitan. Por el contrario, vivimos en un mundo de comunidades de destino superpuestas»⁷. A partir de este paradójico escenario, aunado a los efectos que produce la resonancia como forma de realización de la globalización, no solo es válida sino además legítima la actuación de determinados gobiernos de la región para despejar el camino que permita darle solución a este agudo problema. Pero no en el sentido retórico que el presidente Hugo Chávez ha querido darle al problema de la mediterraneidad cuando asegura que sueña con bañarse en una playa boliviana, sino con propuestas constructivas como la de los gobiernos de Argentina y Brasil, los cuales han impulsado una iniciativa para la creación de un corredor que habilite la salida de Bolivia al Pacífico. «Lo llamábamos el corredor de la paz, era una franja en la frontera de Perú con Chile, con una administración del Mercosur, más Bolivia, Chile y Perú. Con una concesión a 99 años para evitar el problema constitucional que afecta la cesión de territorio»⁸.

Este tipo de actuaciones resulta de gran utilidad para la región. De una parte, restituye un marco de legítimi-

dad a los acuerdos regionales y obliga a los países a asumir posiciones más constructivas sobre la misma región. Algo de eso se percibe en el anuncio de Alvear cuando señaló que América Latina será la prioridad de su gestión en 2004⁹. De la otra, obliga a introducir un necesario cambio de perspectiva para el tratamiento de los problemas de la región, en la medida en que empieza a entenderse como parte integrante de una naciente sociedad global, la cual puede renegociar con otras instancias y regiones la representación del mundo anhelado. Por último, introduce importantes elementos para que en América Latina comience a germinar lo que Ulrich Beck denomina «un paisaje identitario transnacional»¹⁰, pilar a partir del cual se puede replantear el tema de la integración.

En síntesis, para resolver el problema de la mediterraneidad boliviana se requiere sincronizar la región con nuevas dinámicas que se desprenden de un mundo globalizado. Ello se puede lograr con acciones en dos niveles. En el primero es menester restablecer el cauce diplomático entre Bolivia y Chile, remozar los condicionantes históricos, desistir de utilizar el foco de tensión como arma política, procurar que los estrechos nacionalismos hagan

7. David Held: *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*, Paidós, Barcelona, 1997.

8. *El Espectador*, 19/1/04.

9. *El Mercurio*, 18/1/04.

10. Ulrich Beck: «La cuestión de la identidad» en *El País*, 11/11/03.

suyo un paisaje identitario transnacional y reemprender el camino de la integración económica, comercial y social.

En el segundo nivel, se plantea la urgencia de renegociar el sentido histórico de la demanda con una nueva concepción de cuál es la América Latina que se quiere construir en el siglo XXI, concepción que debe inscribirse dentro de otra cosmopolita, la cual no debe confundirse con aquel nomadismo contemporáneo que se beneficia de los circuitos globalizados. Si bien el cosmopolitismo sugiere la liberalización respecto a estrechas presiones y prejuicios de la localidad, la apertura a la diversidad cultural, la necesidad de disponer de un sentido de compromiso cultural amplio, debe partir del principio de que se vive en una dimen-

sión local, regional y global al mismo tiempo¹¹. Esta dialéctica «glocalizada» no se presenta como la construcción de un universalismo social y cultural, porque no diluye si no que reafirma los particularismos sociales y culturales. En el nivel de la política, esta dialéctica debe designar una visión política positiva que comprenda la tolerancia, el multiculturalismo, el civismo y la democracia, y un respeto más legalista a ciertos principios universales y prioritarios que deben servir de guía a las comunidades políticas en varias dimensiones, incluida la mundial¹². El cosmopolitismo no es por lo tanto sinónimo de globalización sino que se identifica con una actitud globalizante.

11. John Tomlinson: *Globalization and Culture*, Polity Press, Cambridge, 1999.

12. Mary Kaldor: *Las nuevas guerras en la era global*, Tusquets, Barcelona, 2001, p. 149.